

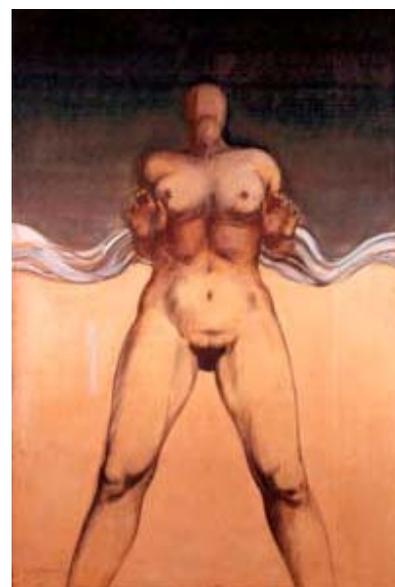
Prostitución y voluptuosidad

En la prostitución se reconoce una codicia libidinal, que contiene formas de rebeldía en donde es evidente el desafío al Otro que se preocupa por combatir el sexo con la castidad del pensamiento y de la carne en una mujer. En nuestra sociedad la madre es el Otro que combate la fornicación con la castidad, no porque pretenda que las mujeres se dediquen a una vida monástica, sino porque quiere hacer creer que mortificando el cuerpo al despojarlo de excitaciones que estén fuera de lugar, una mujer va poder protegerse de ciertas fuerzas oscuras que de no estar sometidas a vigilancia, llegarán a apoderarse del pensamiento, la mirada y la carne.

Voluptuosidad y codicia

En la prostitución se revela un desfallecimiento de la vigilancia de la consciencia moral que ordena reprimir los movimientos de la carne. Estos son los generadores de la voluptuosidad, término que denota una codicia libidinal que pasa por el pensamiento, la mirada, los recuerdos, las percepciones, las palabras obsenas, las fantasías ambiciosas y eróticas, las imágenes del sueño que conducen a poluciones nocturnas y en general todo cuanto denota un movimiento hacia la fornicación. La voluptuosidad, vista desde el discurso de la castidad, es una codicia que puede ocultarse en "nuestra cabeza", a ella incita la seducción del "fantasma femenino" y es propia de un "espíritu de fornicación e involucra "movimientos que dominan la voluntad". La voluptuosidad es un "ataque de la carne" que el hombre ascético debe estar preparado para vencer, porque constituye un movimiento que incita al pecado y contribuye a formar un "espíritu de fornicación", que se deja engañar de los pensamientos cuando está "en reposo o relajado durante el sueño".^[1] Mientras para una mujer casta o un hombre ascético la voluptuosidad representa una tentación de fornicar, para una prostituta ser voluptuosa define su condición de mujer codiciada en el imaginario de los hombres. Si la codicia conduce a la fornicación, entonces es en la medida en que el significante prostituta remite al significante codiciada, que la prostitución como fenómeno social permanece, a pesar de los obstáculos morales que siempre encuentra. Esta despersonalización de la prostituta, al considerarla más un significante de la codicia voluptuosa que llena de espanto a los castos y fascina a los fornicadores, que una mujer de carne y hueso, implica que en nuestra investigación el fenómeno de la prostitución en sí pasa a segundo plano. Lo que se busca indagar son las formas de goce que se ponen en juego en el escenario de la prostitución y especificar la manera como dicho goce se anuda al rasgo voluptuoso, que caracteriza la representación de la mujer prostituta en distintas épocas y contextos. La hipótesis que sirvió como punto de partida a nuestra investigación es la siguiente: a pesar de los hombres representarse a la prostituta como la encarnación de un más de voluptuosidad, que la convierte en demoníaca para los ascéticos y en atractiva para los fornicadores, su cuerpo lo que contiene es pobreza libidinal y erótica. Este déficit de vitalidad, se compensa con el exceso pulsional y mortífero que le corresponde asumir, en el escenario donde actúe, como mascarada degradante. Entre la pobreza vital y el exceso pulsional, se localiza el rasgo mítico de la voluptuosidad que mantiene a la prostitución vigente. La voluptuosidad de la prostituta tiene estructura mítica, no porque sea una falacia inventada por los hombres para no abandonar la fornicación en los prostíbulos, sino porque es esa la manera de representarse una codicia libidinal inherente a la sexualidad de todas las épocas y localizada en una mujer que, como la prostituta, es emblema de una invitación a derrochar. Si en la modernidad el significante prostituta queda por fuera de la causa del deseo, la voluptuosidad será el recurso para hacerse representar como causa mítica de goce y tentación lujuriosa. La voluptuosidad es un rasgo cristalizado en el imaginario del casto como una codicia a vencer y en el imaginario sexual como aquello de lo que una verdadera mujer prostituta debería estar dotada. Desde este punto de vista es importante no descuidar el tipo de derroche que se produce en la prostitución y tampoco la función real, simbólica e imaginaria, que esa práctica cumple en el plano social. Toda investigación que se realice con el psicoanálisis tiene el compromiso ético de privilegiar la pregunta por el sujeto en la práctica social de la cual participa. Esta particularidad determina una especial atención en el pequeño detalle, no con el ánimo de universalizarlo, sino para profundizar en su composición y desde ahí, de ser posible, inferir elementos de estructura que permitan explicar algo propio del fenómeno en cuestión. La voluptuosidad correspondiente a la fornicación, considerada uno de los tres pecados de la carne al lado del adulterio y "la corrupción de niños",^[2] constituye un pequeño detalle que pasará desapercibido, por ejemplo para aquel investigador interesado en la prostitución solamente como un problema de salud pública o de género. La voluptuosidad es el ingrediente esencial para que una mujer prostituta se inscriba con éxito en el escenario de la prostitución. Pero no es tomada en este aspecto fenomenológico que interesa, sino en tanto se trata de un significante asociado con la perdición, con una parte maldita de la mujer que seduce como un fantasma a los hombres que han hecho botos de castidad y que los persigue hasta en el sueño. La voluptuosidad expresa y al mismo tiempo esconde un factor innombrable de lo femenino, que se configura como mito y se encuentra íntimamente relacionado con una parte de las mujeres, sean o no prostitutas, que escapa al investigador social. Frente a esta parte maldita de lo femenino, la castidad ha hecho un combate sin tregua a través de la historia. Aunque la voluptuosidad pase por la carne cuando se pone en acto, en el caso de los castos se define como una codicia que se oculta en sus cabezas y los incita al pecado. Es, pues, la voluptuosidad un elemento de la subjetividad, término relacionado en el psicoanálisis con la noción de sentido, discurso y significante. El sentido implica el fin –hacia donde se dirige–, la tendencia –de donde proviene– y la función –el para

Héctor Gallo
Psicoanalista. Profesor del Departamento de
Psicoanálisis de la Universidad de Antioquia



Luis Caballero
Sin título
1971
Oleo sobre papel
194 X 129 cm

qué—. El discurso es la condición para que un vínculo social se estructure y el significante es un elemento del lenguaje que siempre está a la espera de hacer cadena con otros significantes para que se produzca la emergencia de un sujeto discursivo, que se instale de un modo estable en el vínculo social.

Prostitución y Subjetividad

La subjetividad tal como es pensada en el psicoanálisis, no remite al yo como entidad autónoma, unitaria y racional, tampoco hace referencia a los sentimientos que impiden al yo tomar decisiones sensatas y favorables para la dignidad de la persona. Un análisis de la prostitución a partir de concepciones de la subjetividad como la anotada, mostrará a las prostitutas como seres que padecen de una muy baja autoestima, portadoras de un yo demasiado débil como para sobreponerse a las tentaciones de la carne, a las manipulaciones perversas de los proxenetes y a la seducción de una vida libre y mundana que acaba con su dignidad ante la familia, los hijos, la sociedad y los hombres que las frecuentan. Hay otros investigadores menos humanistas y más antropológicos, que emplean el concepto de subjetividad para referirse a un individuo socioeconómico que, como en el caso de la prostituta, elige el oficio de comerciar con su cuerpo para convertirlo en un objeto de supervivencia. Estas investigaciones centradas en una metodología cualitativa, tienen el mérito de no introducir prejuicios para leer el fenómeno, construyen las categorías de análisis a partir de lo que testimonian las prostitutas sobre su quehacer y dejan además en un segundo plano el aspecto epidemiológico, que poco o nada aporta a la comprensión del problema en su lógica interna. Ahora bien, la inconsistencia principal de una investigación planteada a partir de la vinculación de la subjetividad con el individuo socioeconómico, radica en que de una o de otra manera se orientará sin remedio hacia una defensa del oficio de prostituta, introduciendo argumentos socio-antropológicos que sustenten porqué la prostitución dentro del capitalismo es un trabajo como los demás. Esta premisa determinará sin remedio el reclamo de condiciones más favorables y menos indignas para la realización de tal trabajo. Mientras el humanista pensará que las prostitutas no hacen lo que una mujer debe hacer porque les falta creer en sí mismas para salirse del fango, los antropólogos mostrarán las virtudes que poseen, el modo de organización que las caracteriza, la ética sexual que las rige, la división del cuerpo que las define y señalarán además que por fuera de su oficio, pueden ser madres responsables, hijas cariñosas, esposas emprendedoras e incluso amantes tiernas. Otra forma usual de definir la subjetividad es relacionándola con un organismo que se desarrolla, hasta constituirse, con ayuda de los ideales sociales, una personalidad madura. Desde esta concepción basada en el desarrollo, las prostitutas serían mujeres que han padecido fijaciones sexuales, por ejemplo a causa de malos tratos en la infancia y de abusos sexuales por parte de adultos cercanos. La prostitución será la enfermedad en donde se expresan las consecuencias perniciosas de esos trastornos infantiles no superados por falta de cariño y comprensión, hecho que conduce a patologizar a todo aquel que se prostituye o a considerarlo por el discurso pedagógico como alguien que necesita ser rehabilitado. ¿Cómo entiende el psicoanálisis al sujeto que socialmente se denomina prostituta? No lo entiende como un sujeto a victimizar, tampoco lo carga con una patología sexual, ni contribuye a segregarlo o a reivindicarlo en sus derechos corporales, sexuales, urbanos y laborales y menos aún a rehabilitarlo mediante un trabajo de adoctrinamiento. El psicoanálisis no dice que las prostitutas sean trabajadoras independientes, sino que son sujetos de pleno derecho, responsables de sus elecciones por equivocadas que parezcan y, sobre todo, seres que tienen la posibilidad de decir algo sobre la verdad de la relación entre los sexos. Lo anterior implica que la palabra de una prostituta ha de escucharse menos en referencia al oficio sexual cotidiano que a su condición femenina. Este desplazamiento de la investigación desde la condición del oficio como prostituta hacia la de ser mujer, permitirá una lectura de la prostitución donde lo privilegiado no será la fabricación del placer, la degradación y la transgresión de la ley, sino lo que de verdad sobre el goce allí también se fabrica. Dos elementos a tener en cuenta en esta perspectiva del análisis, de un lado la pregunta por la dimensión de goce que se transporta en el síntoma social de la prostitución, de otro tener en cuenta que analizadas a partir de su condición femenina, las mujeres prostitutas, como cualquier otro ser humano, independientemente de su condición de clase y de las costumbres sexuales que tenga, padecen una falta en ser. Frente a la falta en ser los dos sexos están obligados a elaborar una respuesta, una vez desde el deseo, en otras desde los ideales y finalmente desde el síntoma. Así como el arte es un síntoma donde la falta en ser puede recrearse, la prostitución, aunque no sea un espacio sublimado como el arte, ni valorado culturalmente como lo son los objetos estéticos, puede constituirse para quienes la practican en un espacio que permite justificar la existencia y hacerse a un nombre, que generalmente no es el propio sino el nombre con el cual son designadas en el oficio. La prostitución, en cuanto pone a circular un goce no aprobado socialmente, denota una desobediencia al Otro prodigioso de los ideales. En la prostitución la pretendida genitalidad madura se desvanece, para dar paso al dominio de la parte, que es donde la pulsión sexual se complace y el goce adquiere un valor que ya no es afectivo sino monetario.

Prostitución y más de goce

El cliente ocasional no va a “derrochar cariño”, sino a derrochar el plus que le sobra, aquello que tiene de más. El derroche en el orden pulsional depende de cómo estén valorizadas las partes, de acuerdo a los rasgos perversos que dirijan la operación sexual y sobre todo a partir de la cantidad que el cliente se disponga a pagar. Es por ello que algunas prostitutas consideran que las aclaraciones no sobran en asuntos de goce. Para muestra una muy patética; “es un solo polvo. Ah, que en media hora yo soy capaz de echarle tres. Ah, muy bueno para usted mi amor, a mí no me puede echar sino uno o me paga los tres, usted verá”. [3] En los informes que se han tomado como fuente de reflexión de esta investigación, se han consignado numerosas frases de prostitutas, que pueden considerarse paradigmáticas respecto a la lógica de las relaciones puestas en juego en el burdel, en la cantina y en general en el oficio. Algunas de esas frases remiten a la voluptuosidad, que constituye una de nuestras preocupaciones en la investigación. La voluptuosidad hace parte de esa economía del goce que constituye la esencia de la vida sexual humana y por ende también de la prostitución. Frases como “yo finjo los orgasmos”, pueden salir de la boca de cualquier mujer, para referirse a su insatisfacción sexual con la pareja, pero también a algo que pueden hacerle creer: que es un buen amante que sabe hacer gozar a una mujer. Cuando una mujer, como sucede con la gran mayoría, finge un orgasmo, anuncia que allí su ser no está comprometido, bien sea porque a toda costa quiere un hombre castrado, un hombre que no hace gozar, o porque simplemente quiere decir, como sucede con las prostitutas, que en cuestión de goce son ellos los que deciden. No es raro encontrar que las mujeres prostitutas, cuando aún no han perdido los encantos, se crean portadoras de un ser voluptuoso que reservan para el éxtasis del amor cuando se les presente. Ese amor, esquivo cuando en la sexualidad predomina la pulsión parcial, no es una añoranza de la posición de una prostituta, sino de las mujeres en general. Pero cuando como condición del encuentro sexual

predomina el contrato únicamente con la parte, lo que una mujer ofrece al otro en préstamo es solamente un organismo desprovisto de libido y por lo tanto de fantasía erótica. Es aquí en donde puede hablarse de un radical déficit libidinal, en el mismo punto en que se fabrican los excesos pulsionales. Este déficit es un elemento que podemos considerar un efecto inequívoco del discurso de la ciencia sobre la posición de las mujeres prostitutas, porque constituyen un rasgo que les hace perder la singularidad, unificándolas a todas como portadores de un cuerpo que se torna inexpresivo en el momento del contacto sexual con el cliente. La voluptuosidad aquí se convierte en algo imaginario, para entrar a predominar lo real de un déficit erótico que se agudiza con el capitalismo en el comercio sexual. Una de las funciones de una prostituta en el teatro del sexo, es comportarse como si fuera voluptuosa, porque es de este significativo fascinador del que depende que un cliente piense "que está pasando muy rico". "El caso más sencillo es este: ay, sí mi amor, así, así, vengámonos los dos, tan – tan ¿y porqué? Porque los gemidos le hacen pensar que está pasando muy rico y se viene de una. Entre mejor lo trate sé que es más fácil, se viene y sale con la sonrisa de oreja a oreja". [4] Aquí el significante gemido tiene una particularidad que es importante anotar. Se define como una ofrenda al cliente, pero con la intención de hacerlo venir más rápido, de precipitar el fin de su felicidad y no de prolongarla, implica una eficacia, una mascarada que arroje pronto los resultados esperados, hecho que no es ajeno a lo que pretende el amo moderno: máximo rendimiento con un mínimo de inversión. Ese significante "se viene de una", como efecto real de un imaginario estoy "pasando muy rico", devela una verdad referida a la economía libidinal de los seres humanos. En el mismo instante en que un ser humano fábrica el máximo de satisfacción, también pierde, por un efecto de caída en el orden del deseo, el cielo de la felicidad. Lo que busca una prostituta que trata bien a un hombre, es que crea haber ascendido hasta la cúspide de hacer gemir a una mujer, para que rápidamente encuentre la salida, con una estúpida "sonrisa de oreja a oreja". En este punto de la sonrisa que coincide con la salida, es donde un hombre que va al burdel queda reducido a la más mínima expresión, a la condición de una nada. En la prostitución no hay placer causado por un deseo ni engaño que sea fruto del amor. Hay una operación eminentemente pulsional, donde el goce es introducido en una lógica de la contabilidad calculada en dinero y en minutos, que sirve como regulación de la tendencia en juego. Dentro del mundo capitalista, la prostitución se constituye en una escenificación descarnada de la contabilidad del goce. Se trata de una contabilidad que hace palidecer libidinalmente el cuerpo, en lugar de convertirlo en un objeto que brilla fálicamente para otro deseante que quiere tejer sus fantasías acariciándolo. Es cierto que un cliente de la prostitución tiene la posibilidad de desear lo que de una mujer escogida podría satisfacerlo y que en este punto lógico las prostitutas poseen un brillo fálico que varía de acuerdo al número de clientes que las solicitan, también es correcto afirmar que en respuesta a ese deseo que las demanda desde el fantasma perverso de cada uno, ellas, si se comportan como verdaderas "trabajadoras sexuales", asumen en respuesta la mascarada de tener lo que su cliente busca. Pero como íntimamente las prostitutas del capitalismo se definen por la ausencia de voluptuosidad en su trabajo, y el fantasma perverso del hombre, visite o no burdeles, siempre busca un objeto con quien hacer pareja sado-masoquista, lo primero que se deja claro es hasta donde se puede llegar por el dinero que se pagará por adelantado, hecho que coloca un límite a la escenificación inescrupulosa del fantasma perverso. Mientras en la lógica de la vida amorosa el amor cumple la doble función de liberar el fantasma perverso y al mismo tiempo mantenerlo dentro de los límites del placer, en la prostitución será el dinero el elemento que determina hasta donde puede avanzar el fantasma en el escenario construido para tal efecto. En la sexualidad influida directamente por el amor y el deseo, el fantasma perverso encuentra una regulación que surge desde el fundamento mismo del amor que es la ternura y la idealización del amante, en la sexualidad codificada por los presupuestos que rigen el encuentro de una prostituta con un cliente, el cuerpo no es discreto, sino abiertamente diseminado en pedazos, cuya importancia erógena se mide a partir del plus de goce que de ahí se pueda desprender. Aquí la regulación fálica es realizada por el dinero, es decir, por un símbolo sumamente precario en el plano de la fantasía erótica, pues mientras se piensa en el dinero a ganar, no hay posibilidad de sentir excitación. Una prostituta moderna hace la siguiente negociación íntima: mientras mi cuerpo se coloque en posición de un objeto muerto para el deseo, las consideraciones estéticas, el pudor, la repugnancia y la moral estarán bajo control, así que en lugar de sentir asco, pensará en el dinero recibido y en aquello en lo que voy a poder gastármelo. El dinero se instala en la fantasía como el elemento simbólico que amarra un real de la prostitución en acto, consistente en colocar lo más íntimo – el cuerpo propio – al servicio de alguien que no representa nada en la historia del sujeto. Existen mínimamente cuatro posiciones que coexisten en todo comercio sexual y que pueden ser nombradas por separado, no con el ánimo de clasificar a las mujeres según cada posición, sino de indicar, en términos descriptivos, cómo de acuerdo al lugar desde donde el cuerpo sea puesto por una mujer, el fantasma perverso de un hombre encontrará distintas posibilidades y condicionamientos.

ü Desde el amor y el deseo, el cuerpo de una mujer se presta a la demanda del fantasma perverso de un hombre hasta donde las leyes del corazón lo permiten. ü Desde lo que el discurso popular denomina atracción química, una mujer no necesita del corazón para entrelazar su cuerpo con el de un hombre, pero a pesar de exigir básicamente el órgano, esperará que su satisfacción como mujer sea tenida en cuenta, es decir, que no sea ignorada en el acontecer sexual concreto, aunque después cada uno siga su propio rumbo. ü Desde el deber a cumplir, el cuerpo puede ser ofrecido al otro porque se le reconoce un derecho legal, sentimental o incluso perverso. ü Desde la perspectiva de una transacción abiertamente utilitarista para cada sujeto, no habrá condiciones de amor, tampoco de puro placer, menos aún de deber sentimental o legal. El goce correspondiente a la transacción estará determinado por razones externas a los códigos corporales.

La posición de una mujer en el encuentro con un hombre dentro del trabajo de prostituta puede resumirse en una fórmula: tu me das tanto dinero y yo te serviré como depósito de lo que te sobra. Esta oferta no tiene por condición que una mujer se divida artificialmente entre ser mujer y ser puta, sino que ante la evanescencia estructural de un significante de lo femenino, la prostituta perfectamente puede encontrar en la idea de una supuesta voluptuosidad, reservada solamente para sus amores verdaderos, una forma de hacerse al ser por fuera de la prostitución. Pero una mujer prostituta que cumpla bien con su trabajo, no ha de pretender bordear los límites del sentimiento con los clientes, porque es como si traicionara una cierta ética de su condición. Puede convertirse hasta en confidente del cliente mientras lo acompaña en el burdel, pero cuando se trata del comercio sexual ha de evitar experimentar sensaciones como ésta: "a veces es muy bacano porque lo hacen sentir a uno muy bien, [...]" Este tipo de sensaciones para una prostituta no está bien que se conviertan en norma porque ella no se queda con un cliente por amor, tampoco buscando una satisfacción y menos aun por perversión. Lo que una mujer prostituta representa como razón de ser del comercio sexual con un desconocido que puede o no resultarle agradable, es lo que

ganará por adelantado. De todas maneras el fundamento de la prostitución es tan profundo que no se reduce a una cuestión monetaria, no en vano, a través de la historia ha llegado a convertirse la sexualidad sin amor ni compromiso, en una pesadilla para los moralistas y en el principal enemigo de la castidad propia de la contemplación ascética. La prostitución no ha dejado de constituirse en fuente de interrogación para los investigadores sociales, de intimidación para los mojigatos, de fascinación para los hombres de bien, de creación para literatos, poetas y pintores, de análisis para los historiadores, de curiosidad para los jóvenes que apenas incursionan en el universo de las prácticas sexuales y de agresividad para quienes se defienden de sus tendencias perversas proyectándolas sobre aquellos seres a los cuales necesitan discriminar como de dudoso comportamiento. La representación de la prostituta va desde ser una mujer marcada por el dolor, la desesperación, los malos tratos, la vida disipada y el hastío, hasta ser una mujer que plasma alegría, encarna la fiesta y guarda la voluptuosidad en los agujeros de su cuerpo. En el primer caso tenemos algo del orden de lo real que se impone como contragolpe sobre el cuerpo y el espíritu, aquello que inevitablemente retorna como marca de la historia de una vida sin el control de una causa deseante. En el segundo caso encontramos la mascarada correspondiente al hecho de presentarse como se supone que el otro espera verla, juego especular indispensable para hacerse desear. La dimensión de la mascarada no es algo que particularice a la posición de una prostituta en el teatro de la fornicación, sino que define el modo como una mujer se ubica en calidad de amante: como alguien con capacidad de presentarse con su ser allí donde el amado quisiera encontrarla. Las prostitutas intentan descifrar el deseo del cliente a partir de códigos semiológicos instituidos en el burdel, y aunque acierten en ello dicho deseo permanecerá insatisfecho, no sólo porque es esto lo que lo constituye, sino porque a una mujer de burdel no le interesa ubicarse como causa de deseo más que en el instante inmediatamente anterior al contrato sexual. Una vez vinculado sexualmente por una transacción donde el gasto libidinal estará condicionado por los límites del acuerdo, tanto el ser de mujer como el ser de hombre quedarán excluidos para darle paso a dos organismos que se reúnen. El deber de una mujer como prostituta será proporcionar los medios para que un hombre se desencarte de lo que le sobra y el deber de éste será pagar lo convenido para que su sobrante encuentre el depósito que necesita. Ofrecerse como recipiente donde puede venir a alojarse lo que a un hombre le sobra, es una posición existencial bastante incómoda para una mujer, incluso si ha perdido lo que en el lenguaje común se denomina dignidad. Ese real insoportable de vivir para estar recibiendo en su cuerpo la inmundicia de un hombre, es el que una mujer prostituta busca apaciguar cuando justifica su práctica sexual con acciones valoradas socialmente en el plano de la supervivencia: sostener y educar a los hijos, proporcionarse una vida con menos angustias económicas, poder vestirse y comer bien, etc. La prostituta, si bien no existe como entidad clínica, sí existe como significante social con características específicas en el discurso. Estas mujeres que viven del sexo son portadoras menos de un cuerpo dividido que de un ser metonímico. Para los clientes una prostituta está entre ser deseable, convertirse en basurero y ser tratada como una basura. En cuanto a los hombres que frecuentan a las prostitutas como recurso para desembarazarse de una tensión que no saben como elaborar, tener que negociar abiertamente su goce obsceno, los convierte en seres disminuidos frente a las demás mujeres investidas con un valor afectivo. Este planteamiento conduce a señalar que en la prostitución moderna no se trata solamente de un espacio en el que interactúan individuos que se relacionan de una forma sórdida, sino también donde hay objetos plus de goce en juego. Hay un sobrante, un plus que perpetúa la relación cliente – prostituta, de la misma manera que en el capitalismo lo que mantiene la relación de explotación burguesía – proletariado es algo que se extrae de ahí como sobrante. Este sobrante o excedente que cada uno derrochará a su manera, Lacan le da la designación de objeto *a*. El objeto *a* entendido como un sobrante que está en el centro de la prostitución, es el elemento lógico que permite explicar porqué la supuesta “vida alegre” de una prostituta, se convierte en una vida que en lugar de inscribirse en la lúdica del placer, se inscribe en una compulsión por el alcoholismo, la drogadicción y la violencia. Estos fenómenos sociales están representados por objetos más de goce, que sirven como ingredientes mortíferos para que la supuesta “vida fácil” de una prostituta, se convierta en fuente de mortificación depresiva. El alcoholismo y la drogadicción son hoy fenómenos íntimamente asociados al sexo, sobre todo tratándose de la prostitución en donde el elemento fálico que hace deseable a una mujer, resulta difícil de localizar debido a la uniformidad que el discurso del amo le exige hoy a quienes viven bajo su égida. Estas mortificaciones que destruyen el ser y deterioran la calidad de vida que la prostituta aspira a mejorar con el oficio, tienen por corolario una tendencia incontrolable que, en razón de la historia de cada una, se instituye en función de esos objetos más de goce que el capitalismo produce en abundancia y que se ponen en circulación, como equivalentes del sexo, en espacios como el burdel, el casino, la cantina, las esquinas del barrio, etc. A más objetos en circulación, mayor es la insatisfacción del deseo y no falta el respectivo deterioro libidinal. Se trata de un plus que tiene efectos nefastos sobre el deseo y la vitalidad libidinal, porque en la lógica del discurso del amo capitalista no solamente hay que ser un consumidor insaciable, sino también, como indica Lacan, un material humano consumible como cualquier objeto. Ser consumible para el otro es un efecto asesino que determina la relación cliente – prostituta, por esta razón en las sociedades en donde el amo pretendió fundar los vínculos sociales con base en la exclusión de la propiedad privada, proponiendo la igualdad para impedir la explotación, inmediatamente la prostitución se quiso desterrar por resultar un goce indigno respecto a la ética del sistema. Pero inmediatamente cae el régimen, la prostitución retorna con nuevos bríos tal como sucede con todo aquello que ha permanecido bajo represión. La prostitución encarna socialmente un plus de goce que quienes directa o indirectamente participan de dicha práctica buscan derrochar a como de lugar. Los objetos que ahí se ponen en circulación como taponamiento del vacío existencial propio de la falta en ser, son inseparables de un saber que actualmente trabaja menos en función del equilibrio y la armonía, que de un desorden entrópico y de una degradación energética.

Voluptuosidad y significante

Lacan relaciona la voluptuosidad con un movimiento energético que rompe la homeostasis del organismo y del aparato psíquico. Este movimiento tiene un valor significante sin que por ello se invalide la explicación fisicoquímica del proceso de la excitación sexual. Lo que sucede es que se puede estar en condiciones orgánicas de experimentar voluptuosidad, pero sin el concurso de la máquina significante denominada fantasma, la generación de excitación puede no producirse. El fantasma, entendido como un elemento que ordena la vida sexual y agresiva del sujeto independientemente de los ideales sociales y morales, es una máquina significante que transporta excitación en su misma raíz está fundamentado por una marca que Lacan denomina rasgo unario, concepto que separa al sujeto de la incidencia de una herencia genética en cuanto a su goce sexual y agresivo. La marca que define el rasgo unario es conductora de un plus de goce, perspectiva en lo que clínicamente se relaciona directamente con el fantasma perverso que tiene un

fundamento sadomasoquista. En la versión freudiana, la marca es base psicológica de la reactivación alucinatoria del deseo, término que en Freud aparece enlazado a una actividad fantasiosa basada en representaciones inconscientes, elementos que, podemos anotar de paso, son muy bien explotados por los sexólogos en sus tratamientos de las llamadas disfunciones sexuales. Los sexólogos buscan explotar el fantasma del sujeto, pues encuentran que produciendo artificialmente un escenario perverso en la imaginación, la conducción de la voluptuosidad puede llegar a recuperarse en los casos en que se ha perdido, sea por impotencia, frigidez o inhibición moral. En la actividad erótica de la flagelación, sucede algo similar a lo que quiere producir un sexólogo que busca hacerle ganar goce a su paciente. Allí el sujeto no realiza en rigor un deseo sadomasoquista, sino que se trata de la puesta en operación de un fantasma en el que se inspira "algo que no es más que un sujeto que se identifica como objeto de goce". [5] Sin este acto psíquico por el cual un sujeto se identifica en su fantasma inconsciente como objeto de goce, no habrá voluptuosidad posible en una práctica, en sí misma dolorosa, como la de la flagelación. Dado que esta identificación tiene por condición que el cuerpo sea una máquina construida a partir del aparato del lenguaje, no existirá en consecuencia voluptuosidad en los animales porque ellos permanecen en su condición de organismos y lo que dispara su "entrada en calor" no tiene que ver con su imaginación voluptuosa sino con un instinto, término que hace referencia a un saber ancestral relacionado con los aparatos vitales reguladores. La identificación del sujeto a un objeto de goce es un acto psíquico que no pasa por el deseo sino por la pulsión. Ser objeto del deseo del otro es diferente a ser objeto del goce del otro. En el primer caso la actividad sexual implicará un goce que se capta en la dimensión de la pérdida, un goce que en tanto tenga el amor como mediación impedirá la violencia sobre la carne. En el segundo caso no hay mediación del amor, por eso el goce no pasa por la fantasía deseante sino directamente por la realización del fantasma sadomasoquista en una violencia corporal. Se concluye que si una mujer prostituta llega a identificar su cuerpo a un objeto de goce negociable, su condición no será la de ser deseada sino más bien ultrajada y ahí será su cuerpo el que padezca las consecuencias de dicha identificación que, más allá de lo que gana, la pondrá en función de hacerse ultrajar y humillar. En la actividad de la flagelación, actividad que puede ser solicitada por un hombre a una prostituta a la que le pide golpearlo como motivación erótica para luego él proceder a su vez a golpear en lugar de someterla sexualmente, Lacan dice que el gozar adquiere la ambigüedad resultante de un hecho: que en esta actividad en la que se mezcla el erotismo y la violencia física es la única en donde resulta "palpable la equivalencia del goce que marca y el cuerpo, objeto de goce". [6] Entonces mientras el deseo da cuenta de la inscripción del otro en el inconsciente como significante de la ley y del amor, el goce lleva la marca de la entrada del Otro como mortificador del cuerpo.

Reconocer en la flagelación un goce sadomasoquista que involucra a la voluptuosidad y no solamente una actividad en sí misma maltratante y abusiva del cuerpo, implica clínicamente la demostración de una gran afinidad entre lo que se denomina marca significante, el goce, el cuerpo, el fantasma y el Otro, conceptos que permiten interpretar el maltrato del cuerpo no solamente en la prostitución sino en toda relación humana en la que se produzca, más allá de un discurso de los derechos que a ese nivel suponen una víctima violentada y no un sujeto que goza más allá del placer. No perder de vista que en las relaciones violentador-violentado no solamente se juega un abuso de poder, sino que también hay que preguntarse por el lugar del goce, implica tener en cuenta que en los seres hablantes existen un más allá del principio del placer que se manifiesta en todo cuanto se inscribe en el orden social como desviación. Todo ser hablante que funciona normalmente valoriza el placer, pero todo aquel que coquetea con lo prohibido o que lo reivindica, insistirá en gozar a pesar de estar prohibido.

El goce, en tanto se capta esencialmente allí donde hay desorden – en la prostitución por ejemplo o en la práctica erótica de la flagelación –, es diferente al placer porque éste se imprime allí donde predomina la apatía. El goce se instala "en un campo prohibido por los aparatos vitales de regulación" [7], por eso hay que ubicarlo en aquellos fenómenos que implican un efecto de entropía, una mengua del equilibrio y una afección del orden establecido. Lacan señala que el goce, en el plano de la subjetividad colectiva, algo tiene que venir a compensar. Pero esta compensación ha de leerse de un modo diferente al taponamiento de lo obsceno que los ideales culturales realizan en la sociedad, al consuelo que representan las ilusiones religiosas y a la recreación de la falta que realiza la fantasía creadora. El goce viene a colocarse allí donde algo falta y su función en la cultura consiste en evidenciar de un modo sintomático que un más de alguna cosa resulta indispensable. Este es un elemento de estructura que a nuestro modo de ver puede ser demostrado, por ejemplo, con la permanencia de la prostitución en las distintas épocas. Nadie llegará que fenómenos con el de la prostitución siempre ha implicado a través de toda la historia la introducción en la cultura de un desorden entrópico. Nunca la prostitución se ha rescatado como una práctica que sirva al placer, el deseo y el amor, porque sus promotores siempre están recordando que es indispensable un plus que rompa la monotonía del placer. Si las prostitutas trabajan en función de un plus de goce a recuperar, ello explicaría porqué, aunque existan comunidades y épocas interesadas en vivir entregados a la apatía y a la tranquilidad inmaculada del placer, rechazando el escándalo, las voces altas, la algarabía supuesta y en general todo cuanto evoque el exceso, la prostitución continúa manteniendo su estatuto de práctica imposible de hacer desaparecer por más que en muchos casos se la persiga. La prostitución, al igual que otros síntomas sociales contemporáneos como el maltrato, el abuso sexual, la violencia intra-familiar, la drogadicción, racismo, etc., cuenta con algo de la subjetividad del ser hablante que defiende la pervivencia de lo prohibido opuesto a la regulación propia del buen vivir. Lo que agita al ser hablante, aquello que lo ánima y presiona más allá de sus anhelos de vivir bien, de su gusto por la moralidad y los ideales de equilibrio homeostático, Lacan lo denomina "la función del plus de goce en sí misma". [8] Si relacionamos con este plus significante a la voluptuosidad, diremos, a manera de hipótesis por desarrollar, que la principal razón subjetiva que insista al imaginario de las distintas épocas a vincular prostitución y voluptuosidad, será el imperativo de recuperar un plus, de obtener un más de alguna cosa, pues de lo contrario habrá que hacer de la apatía un religión y hacerla valer por encima de todas las agitaciones del ser de goce. El goce ingresa en el orden cultural haciendo valer el plano de una negatividad, es un no sé qué que golpea, resuena, incómoda, que se hace repetir una y otra vez, por más que los defensores de la tranquilidad hedonista quieran lanzar campañas preventivas para "hacer de vivir en la apatía una religión, y la apatía es el hedonismo". [9] El goce representa en lo cultural ese hueco que en el capitalismo "llenarán, sin lugar a dudas, cierto número de objetos que, en cierto modo, están adaptados de antemano, hechos para servir de tapón". [10] Cuando produce el capitalismo está calculado para taponar, por eso si tiene por condición que sea desechable, es porque lo que debe revelarse pronto es que ese objeto deber inducir algo más. Entonces el consumir está atravesado por un punto de pérdida, pérdida de goce, y es ahí en donde se traduce "la incidencia del significante en el destino del ser que habla". [11]

[1] Véase, Michel Foucault, "El combate de la castidad", Saber y Verdad, Madrid ,Ediciones la piqueta, 1991 pp. 167 - 185.

[2] Ibid., p. 172.

[3] Testimonio citado por Hernán Darío Gil y Jorge Diego Sierra, en *Es mi trabajo, no es mi vida, hacia una lectura del fenómeno de la prostitución*, Medellín, Universidad de Antioquia, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Departamento de Antropología, 1988, pp. 35.

[4] Ibid., p. 36.

[5] Lacan, Jacques. El reverso del psicoanálisis, En: El Seminario 17, Editorial Paidós, Buenos Aires p. 52

[6] Idem, p. 52

[7] Lacan Jacques, Ibid p. 53.

[8] Idem p. 53.

[9] Idem, p. 53

[10] Idem, p. 53

[11] Idem, p. 53

[INICIO](#) | [PRESENTACIÓN](#) | [EVENTOS](#) | [SITIOS RECOMENDADOS](#) | [STAFF](#) | [CONTÁCTENOS](#) | [CORREO](#) | [FUNLAM](#)

© 2000